

ex raído de la legación en el mes de Noviembre último.

3º Que los comisionados tendrán la facultad de reducir á una mitad ó en proporción menor, según lo crean conveniente, los derechos que ahora se cobran conforme al arancel que rige. Si estas condiciones no se obsequian, me veré en a necesidad de dejar la República con todos los miembros de mi misión, quedando el gabinete de México responsable de las consecuencias que sobrevendrán.

Tengo el honor, etc. (Firmado) — C. Lennox Wyke."

Las exigencias de este diplomático eran inadmisibles, porque si bien es cierto que la ley de 17 de Julio había sido derogada por el Congreso el día anterior, y con esa derogación quedaba sin efecto la exigencia primera del *ultimatum*, quedaban en pié la segunda y la tercera que resultaban insólitas y exorbitantes, y por lo mismo, inadmisibles, pues aceptarlas hubiera sido no tanto como entregar las aduanas en manos de los cónsules y agentes ingleses, cuanto cambiar totalmente el sistema hacendario de la República, que bueno ó malo, era el autorizado por la ley, y dejar

su nota de 21 de Noviembre decía que se devolviera "el dinero robado en la legación, así como lo que se tomó de la conducta de Laguna Seca" y en su ultimatum ya cambió las palabras diciendo: "la conducta robada y el dinero extraído de la legación." Por lo demás, ese cambio fué sólo con el objeto de inferir un insulto al gobierno liberal, calificando de ladrones á algunos de sus generales.

que los extranjeros impusieran los derechos que tuvieran á bien.

El señor Zamacona para no verse obligado á contestar nuevamente al Ministro inglés su nota, negándose á acceder á las exigencias de éste ni á darle sus pasaportes como lo pedía; y sobretodo, disgustado profundamente, y con razón, de la conducta que el Congreso y el Ejecutivo observaban con él, según veremos en el siguiente capítulo, insistió el día 25 en la renuncia que tenía presentada y al mismo tiempo pretendió que el primero volviera sobre sus pasos, enviándole una larga exposición acerca de las razones que tuvo para celebrar el arreglo con el señor Wyke.

Pero nada había que pudiera convencer al Congreso, cuya mayoría era abiertamente hostil al Ministro, y esa exposición que merece comentarse, aunque llegó á la Secretaría de la Cámara con oportunidad, no fué tomada en consideración ó fué traspapelada intencionalmente, no faltando escritor que asegure que el mismo Ejecutivo mandó retirarla de la Secretaría del mismo Congreso en cuanto tuvo noticia de que había llegado á ella.

VII.

Para mejor inteligencia de lo que va á seguir, haremos una brevísima recapitulación de los sucesos ocurridos y narrados en los capítulos anteriores: el día 21 de Noviembre quedó concluido el tratado entre los señores Zamacona y Wyke y fué

remitido al Congreso; el 22 este cuerpo lo reprobó y el Ministro presentó su renuncia que por el momento no le fué admitida, el 23 la Cámara derogó la ley de 17 de Julio, causa de la cuestión; el 24 presentó su *ultimatum* el Ministro inglés, y el 25 dirigió el señor Zamacona al Congreso la exposición de que nos vamos á ocupar

"He dado cuenta al ciudadano Presidente de la República—decía en ella—con la nota en que ustedes se sirvieron participarme la reprobación que ha hecho el soberano Congreso del tratado concluido con el representante de la Gran Bretaña, en 21 del corriente, y me previene que antes de comunicará la legación inglesa este deplorable resultado, y antes de desencadenar la tempestad que el voto de la Cámara va á atraer sobre la República, haga una última apelación á la cordura y al patriotismo de esa asamblea, y que atropellando por toda consideración de trámites y fórmulas haga oír una vez más, en esta crisis suprema de nuestra nacionalidad y de nuestra revolución, la voz de la razón desapasionada y del verdadero patriotismo.

"El soberano Congreso comprenderá fácilmente cuánta retentiva impone al Ejecutivo la naturaleza de este asunto. Para poner bajo su verdadero punto de vista los negocios internacionales y desarrollar todas las miras del gobierno acerca de ellos, sería necesario sacar á luz las relaciones latentes que hay entre los distintos ramales de la cuestión diplomática, y aludir á medios de acción, cuyo

simple anuncio los dejaría desvirtuados. Bastará insinuar, sin embargo, ciertas consideraciones proverbiales que aun están en el instinto público, y llamar la atención sobre que entre las potencias extranjeras hay unas que amenazan nuestra nacionalidad y nuestra revolución progresista, y otras interesadas en frustrar esta tendencia hostil. A estas últimas pertenecen *en la actualidad*, la Gran Bretaña y los Estados Unidos. . . .

Llama verdaderamente la atención esa salvedad que hemos subrayado, sobre todo tratándose de Inglaterra, que nunca, que se sepa por lo menos, había tenido miras ó intenciones de amenazar nuestra nacionalidad; en cuanto á los Estados Unidos, entonces y antes abrigaban esas intenciones y prueba de ello fué el tratado que Mr. Corwin propuso al señor Zamacona y del que dimos una idea en el capítulo precedente. Pero parece que el señor Zamacona se refería á Francia y á España como las naciones interesadas entonces en amenazar nuestra nacionalidad y la revolución de Reforma, cosas ambas que por entonces querían frustrar la Gran Bretaña y los Estados Unidos; así, pues, si la frase "en la actualidad" se refería únicamente á éstos estaba bien; pero no si se refería á ambas naciones.

"La política natural, sensata y patriótica, por parte de México—continuaba diciendo el Ministro—consiste, pues, en hacer á estas dos potencias (Inglaterra y Estados Unidos), el punto de apoyo de nuestra diplomacia, en estrechar nuestros lazos

con ellas, en crearles intereses comunes con la República y en contar con su concurso más o menos eficaz en el evento de un conflicto con las otras naciones que tienden asechanzas a nuestra independencia, ó ven con antipatía nuestra revolución. Para los que conocen lo complejo de la actual política europea, no puede ocultarse hasta qué punto el arreglo de la cuestión inglesa venía á hacer menos probables las otras agresiones que nos están amagando. El gobierno, al hablar sobre este punto, pudiera referirse á las noticias que comunicó á la Cámara en la mañana del sábado relativamente á las circunstancias que han influido en el retardo de la expedición española. Entrando en transacción con Inglaterra, el Ejecutivo ha empleado la verdadera política nacional, y ha seguido no sólo la marcha de la razón, sino la iniciativa de la opinión pública. En las demostraciones populares, en los banquetes patrióticos se ha oído constantemente este clamor: "Transacción con la Inglaterra y con la Francia."

Aunque no es enteramente exacto que fuese posible que México hiciese de las dos naciones mencionadas el punto de apoyo de su diplomacia como lo creía el señor Zamacona, sí hay que convenir en que ambas podrían ser útiles en aquellos momentos para México. Mr. Seward, Ministro de Estado de los Estados Unidos, contestó á los que se proponían que se adhiciese á la convención de Londres, diciéndoles que aunque su país había recibido agravios de parte de México, no creía su

gobierno que era el momento oportuno para pedir satisfacción por ello y que los Estados Unidos no querían apartarse de la política tradicional que les había recomendado Washington. Además, sabido es que las simpatías de la Casa Blanca estaban de parte de los liberales, y que aunque por el momento nada podría hacer por éstos, su apoyo moral y posteriormente su apoyo material, fué decisivo para abreviar la época de la Intervención francesa y para derrocar el Imperio.

En cuanto á Inglaterra, que sólo buscaba la seguridad de su deuda y para el pago de la cual obraba enteramente por su cuenta, se hubiera conseguido, si no su apoyo, sí cuando menos su neutralidad, con la aprobación del tratado que celebró su representante; aunque había firmado la Convención de Londres, se habría abstenido de enviar sus marinos á Veracruz y habría notificado á Francia y á España que se abstenía de emplear medidas violentas contra México; esta determinación hubiera ejercido poderosa influencia sobre esas dos naciones, pues además de que España que era la que se juzgaba más ofendida habría dado oídos al que la hablase de avenimiento, como los dió después; Francia, la única decidida en pro de la intervención política, habría vacilado mucho en seguir adelante viéndose sola desde antes de dar principio á tan aventurada empresa, como vaciló después; eso por una parte; por otra, terminados los convenios para el pago de los réditos á los ingleses, hasta desaparecía el

pretexto invocado por la Convención de Londres—pues las deudas francesas y españolas eran insignificantes comparadas con la inglesa.

Teniendo esto presente, se puede comprender la razón que tenía el señor Zamacona cuando afirmaba que la reprobación del tratado dejaba sin amigos á México y abría la puerta á intervención no sólo financiera sino política.

"En virtud de la combinación á que servía de base el tratado concluido el día veinticinco, la Inglaterra sería ya hoy nuestra aliada virtual,"—seguía diciendo con mucha razón el Ministro de Relaciones.—"En vez de estar haciendo su representante preparativos de viaje, habría venido á estrechar la mano del Jefe del Estado. y á prestar con la lealdad que constituye una de sus dotes personales, el concurso moral que el gabinete inglés ha ofrecido á nuestra política progresista. Sin entrar en detalles sobre la influencia probable que en las determinaciones de la Francia y de la España podría ejercer este suceso, cualquiera percibirá que en virtud de él, la República se presentaba dando la mano á sus dos aliados naturales, la Inglaterra y los Estados Unidos. Esta última nación nos ofrecía lo necesario para cubrir durante algunos años, no sólo los compromisos contraídos por el tratado inglés, sino todas nuestras otras obligaciones internacionales, y esto mediante garantías, no solamente nada gravosas, sino que equivalían á remachar para siempre las conquistas de la Reforma. Por esta combina-

ción, á la vez que quedaban desempeñadas las rentas públicas, y se hacía fácil el arreglo de la Hacienda, los grandes principios que á tanta costa ha conquistado el país, se aseguraban definitivamente, y el orden constitucional venía á consolidarse con la asistencia de dos grandes naciones. Esta perspectiva, que en unas cuantas horas iba á ser un hecho, ha desaparecido desde hace tres días."

El Sr. Zamacona se equivocaba lamentablemente al afirmar que no eran gravosas para México las garantías que pedían los Estados Unidos; pues de haberse celebrado el tratado que éstos proponían, México, habría perdido en un corto espacio de tiempo sus Estados septentrionales. Y aquí es la oportunidad de hacer una rectificación á la obra «México á través de los Siglos.» En el tomo V de ella, página 475, se lee acerca de ese tratado, lo siguiente: "Un gobierno que, como el del Sr. Juárez, defendía con tanto celo los derechos de México, *no podía aceptar compromisos de esa naturaleza, que equivalían á la pérdida segura de una parte considerable del territorio.*" El mismo ministro de Relaciones de Juárez nos va á decir que no fué este señor el que no aceptó las proposiciones; nos va á decir que si ese tratado no se llegó á ratificar, pues hasta en el Congreso estuvo, fué porque los mismos Estados Unidos se negaron á llevarlo á cabo.

En efecto, el Sr. Zamacona, en la renuncia que

presentó la noche del 22 de Noviembre, decía, como recordarán nuestros lectores:

"Las correspondencias que ambos (los paqueteres) trajeron, ponían de bulto la necesidad de cortar, por medio de arreglos previsoros, una cuestión llena de peligros; y he aquí por qué me decidí á concluir cuanto antes el tratado que firmé ayer con el representante de S. M. B., y el que está por concluir con los Estados Unidos. El primero acaba en estos momentos de ser reprobado en el Congreso, *el segundo correrá, sin duda, la misma suerte, como lo ha anunciado en la discusión el presidente de la comisión de Relaciones.*"

Y en la exposición que el mismo funcionario hacía al Congreso, y la cual venimos comentando, agregaba: "Al salir los ciudadanos diputados de la sesión del viernes, la República y su revolución se habían quedado ya sin un amigo en el exterior. *Los Estados Unidos nos han notificado al día siguiente, que no debíamos ya esperar el auxilio á que ponían por condición la cordura por parte de México.*" Como se ve, los documentos oficiales contradicen la aseveración del apreciable autor del tomo V de la obra mencionada y demuestran que no fué Juárez el que se negó á contraer los compromisos que se estipulaban en el tratado, sino que los Estados Unidos, por razones especiales, retiraron sus ofrecimientos. Hacer esta rectificación era necesario para dejar la verdad en su lugar y dar á cada uno lo que le corresponde

Que á Juárez no le pesara ese resultado y que aun indirectamente contribuyera á él, no quita nada á la circunstancia de que fuesen los Estados Unidos los que retiraron su ofrecimiento, que acaso el Presidente, hubiera admitido en un momento de ofuscación y en vista de las circunstancias difíciles en que llegó á verse después. Pero como dijimos antes, si se llega á saber en público que el tratado ese estaba á punto de discutirse, el Gobierno acaba de hacerse aun más impopular y fácilmente hubiera caído.

La exposición del Sr. Zamacona continuaba en estos términos: "El Ministro de la Gran Bretaña se arrepiente en estos momentos de haber abierto negociaciones, y de no haber imitado al representante del Imperio francés, á cuya dureza servirá hoy de pretexto lo que acaba de pasar respecto del tratado concluido con Inglaterra. He aquí el cuadro que presentan las relaciones diplomáticas en México: volviendo la vista al exterior, tendremos que, después de las esperanzas y de la reacción de benevolencia que producirán en Inglaterra las noticias despachadas á fines de Octubre, sobre la probabilidad de un arreglo, va á sobrevenir una recrudescencia de fermento y exaltación, al saber en que términos ese arreglo ha venido á frustrarse. La resolución expresada por aquel Gobierno en la respuesta dada oficialmente á los peticionarios de la Intervención, se llevará á cabo sin vacilar; Francia y España dejarán de hallar un obstáculo para la realización de sus

miras en las simpatías ya entibiadas del gobierno inglés por nuestra revolución, y la intervención extranjera vendrá sobre el país y *tendrá no sólo un carácter financiero, sino político*; y la revolución progresista y la Reforma, hechas á tanta costa, no serán ya la fuente del bien para muchas generaciones, sino un episodio pasajero, que habrá servido sólo para preludiar la disolución y el avasallamiento de la República "

El Ministro de Relaciones no incurrió en la menor exageración al escribir las anteriores palabras que eran una verdadera profecía, y que corroboran la opinión que ya hemos manifestado de que el pretexto para la Intervención lo proporcionaron los liberales con su conducta, y á que exponemos hoy de que todos los actos de Juárez durante el año de 1861 parecían intencionalmente encaminados á aumentar el número de causas para que esa Intervención se llevase á cabo

El Sr Vigil (1) tacha de ilusorio y exagerado á Zamacona por sus apreciaciones contenidas en el párrafo copiado, dando como razón que "aun cuando se hubiese aprobado la convención Wyke-Zamacona, México no se habría librado de la Intervención y del Imperio." Acaso tenga razón en esto el citado historiador; pero de todos modos, por una parte, no fué iluso ni exagerado el ministro que auguró lo que sucedió después; y por otra, quitando el pretexto para el desembarque de los europeos y para la actitud hostil que habían asu-

(1) MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS, Tomo V, pág. 481.

mido contra México, Francia habría tenido que buscar otro pretexto pausable que hubiera exigido más tiempo y quizá no habría habido Intervención, y si únicamente una verdadera guerra entre México y Francia, lo cual hubiera sido muy distinto.

Después de ocuparse la nota de contestar los principales argumentos que habían presentado los diputados de la mayoría para atacar el tratado, proseguía en estos términos:

"Ahora, aun suponiendo que hubiera razón en esos reparos, ¿la repulsa de las estipulaciones que el tratado contiene, asegura al Congreso de que no tendrá que sujetarse á ellos la nación? Este es el aspecto más práctico del negocio, y el que debe fijar de preferencia la atención de la Cámara. El gobierno tiene que llenar en esta cuestión el último de sus deberes, llamando la atención del Congreso sobre la poca probabilidad de que la República resista con buen resultado á la triple agresión de la Inglaterra, de la Francia y de la España. Preveé el gobierno que el país levantará ejércitos y afrontará combates como los de 1847; que habrá como entónces, rasgos de patriotismo tan laudables como infructuosos; y que el éxito de esa lucha contra tres Potencias, será firmar tratados más duros que el que acaba de reprobarse, y que tendrán por preliminares capitulaciones y derrotas. La República está débil y lo sería más si se creyese fuerte porque el gobierno le ocultase su estado.

"No obstante el voto definitivo del Congreso sobre esta cuestión, el Ejecutivo cree que debe hacerse oír una vez más. Va que todo ciudadano goza del derecho de hacer llegar su voz hasta la representación nacional, ¿por qué no ha de sonar en esta crisis suprema, la voz del gobierno que tiene más que nadie la ciencia de los hechos y que está viendo próximo é inevitable un conflicto en que zozobrarán todos los intereses vitales de la nación? ¿Por qué no ha de venir el Ejecutivo, no en uso de las facultades constitucionales, sino en nombre del supremo peligro que la Reforma y la nacionalidad están corriendo, á pedir al Congreso que páre mientes en los males cuyo dique va á levantarse; en la ruptura con todos nuestros virtuales aliados; en la agresión simultánea de tres naciones; en la repetición de 1847; en algo peor todavía, en la resurrección del régimen colonial bajo el nombre de intervención ó protectorado, y en la pérdida, por fin, de todo lo que ha conquistado el país en las guerras de la independencia y de la Reforma?

"El Gobierno, después de este recurso al cuerpo legislativo, habrá hecho el último esfuerzo por salvar al país que le ha confiado su administración; y el Ministro que subscribe, que desde la noche del día 22 tiene formulada su renuncia, habrá llenado también este último deber, cuyo cumplimiento le ha detenido hasta ahora en el ministerio, y volverá á la vida privada á hacer votos

para que la Providencia salve á la República de los peligros que se le aproximan....."

Aunque incurría en algunas exageraciones el Sr. Zamacona, como la de decir que peligraba la nacionalidad mexicana, en el fondo apreciaba bien los sucesos y predecía con exactitud, mucho de lo que iba á suceder por la resolución del Congreso.

VIII

Inmediatamente después de escrita la anterior exposición, la envió el Sr. Zamacona al Congreso que ni el día 26 ni los dos subsiguientes se ocupó de ella, porque el Ejecutivo la mandó retirar, á pesar de haber ordenado él que se hiciese (1) esta inconsecuencia cometida con el Ministro de Relaciones, así como la manifiesta hostilidad del Congreso para con el mismo personaje, dieron por resultado que éste apelase á la publicidad para dar á conocer esa exposición, y el 27 de Noviembre vieron la luz pública en EL SIGLO XIX, la indicada nota, la comunicación en que Zamacona insistía en renunciar y la renuncia del General Zaragoza, Ministro de la Guerra, presentada desde el 21.

Estas publicaciones acabaron de excitar al Congreso, que cada día daba menos muestras de cordura y que se había propuesto empujar al país

(1) Así consta en el capítulo 10. de la acusación hecha al Sr. Zamacona tres días después y que veremos en algunos renglones adelante.